

que San Raimundo de Peñafort atraviase el mar en su manto; ⁽¹⁾ que Santa Catalina de Sena toque apenas los escalones cuando sube ó baja la escalera, ⁽²⁾ y que durante sus éxtasis permanezca echada sobre un saquito de huevos sin romperlos; ⁽³⁾ que el bienaventurado Amadeo pase como de un vuelo sobre la nieve sin dejar rastro alguno. ⁽⁴⁾ No, no hay que asombrarse de esto, si se tiene en cuenta que en ellos vivía el espíritu de Aquél que no sólo caminaba sobre las olas, sino que eximía á San Pedro de las leyes de la gravedad y le mantenía sobre las aguas. ⁽⁵⁾

Preciso es comprender así todos los milagros de los santos relativos á la naturaleza.

Las llamas destinadas á devorar á San Policarpo le envuelven como un velo protector. ⁽⁶⁾ Bruno, el apóstol de los rusos, pasa á través del fuego. ⁽⁷⁾ Tiburcio anda sobre carbones encendidos ⁽⁸⁾ y Cunegunda sobre rejas de arado enrojadas al fuego, ⁽⁹⁾ San Juan de Dios atraviesa los corredores, envueltos por el fuego, de su hospital, ⁽¹⁰⁾ Toribio, para probar su inocencia, lleva carbones encendidos en su sobrepelliz en torno de la iglesia, ⁽¹¹⁾ y ninguno de ellos experimenta el menor daño. Santa Catalina de Sena recibe un vestido invisible que la hace insensible al frío, ⁽¹²⁾ y Armella Nicolás es preservada del calor. ⁽¹³⁾ Gerlach ⁽¹⁴⁾ y Pedro de Alcántara ⁽¹⁵⁾ marchan con los pies desnudos por la

(1) *Vita S. Raimundi de Pennaf.*, 5, 26.

(2) Raimund., *Vta S. Cath. Sen.*, 1, 1, 32.

(3) *Ibid.*, 2, 2, 139.

(4) *Vita B. Amadei*, 8, 87.

(5) Matth., XIV, 25, 29.

(6) *Epistola eccl. Smyrn.*, 15.

(7) Petr. Dam., *Vita S. Romualdi*, c. 27. Bolland., *Vita S. Brunoni (Bonifacii)*, 6.

(8) *Acta S. Tiburtii*, 2, 13. *Acta S. Sebastiani*, 21, 81.

(9) *Vita S. Cuniguntis*, 1, 2.

(10) Franc. a Castro, *Vita S. Ioan de Deo*, 8, 47. Govea, 5, 36 y sig.

(11) *Vita S. Turibii*, 6.

(12) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, 2, 2, 137.

(13) Armella Nicolas, *Schule der reinen Liebe Gottes*, 107.

(14) *Vita S. Gerlaci*, 1, 12, 32.

(15) Laurent., *Vita S. Petri de Alcant.*, 3, 169; 4, 221.

nieve que se funde al calor de sus pisadas. Raniero de Pisa ora con tal fervor, que el pavimento de mármol que lo sustenta se recalienta como un hierro candente, y él no siente frío. ⁽¹⁾ Osanna, ⁽²⁾ Moling ⁽³⁾ y Verolo ⁽⁴⁾ arrebatan al fuego, al granizo, á la escarcha, con sólo la oración y el signo de la cruz, todo su poder dañino. Millares de veces los leones, los tigres, las serpientes, deponen su furor á los pies de los mártires.

¿Qué significa todo esto?

No es ello otra cosa que la realización de la verdad fundamental sobre la cual reposa nuestra fe y nuestra salvación, á saber, que en Jesucristo, el Jefe de los santos, habita aquella misma virtud divina que preservó á Daniel en la fosa de los leones y á los tres jóvenes en el horno; no otra cosa que la verificación del principio de que el Autor y Consumador de nuestra fe es aquella Sadiduría divina que promete á cada hombre «marchar audazmente sobre áspides y basiliscos y hollar leones y dragones»; ⁽⁵⁾ no otra cosa que la realización de la profecía referente al vástago de la estirpe de Jessé, el Mesías, á saber, «que el lobo vivirá en paz con el cordero, que un niño será su pastor, que el niño que aun mama jugará en el agujero de un áspid, porque todos estos animales no dañarán ni matarán ne todo el monte santo». ⁽⁶⁾

5. Los milagros que los santos han hecho en los animales, como prueba de la recuperación del paraíso.

—Condúcenos esto á otra serie de milagros que nos muestran aun mejor cómo la vida de los santos es en realidad una renovación del paraíso.

Nos referimos á los milagros relativos á los animales.

En el paraíso reinaba la paz entre el hombre y los animales; pero el pecado destruyó esta unión y originó la guerra.

(1) Benincasa, *Vita S. Rainerii*, 4, 57, 58.

(2) Franc. a Silvestris, *Vita B. Osanae*, 4, 3, 155.

(3) *Acta S. Molingi*, n.º 2.—(4) *Vita S. Veroli*, 1, 3.

(5) Psalm., XC, 13.

(6) Is., XI, 1, 6; 8, 9.

En presencia de tan numerosos enemigos, que poseen, de una parte, armas superiores á las suyas, y que, de otra, evitan toda persecución con su agilidad y pequeñez, el hombre no hubiera podido subsistir mucho tiempo. Para hacerle posible su existencia aquí bajo, Dios, en su misericordia, ha querido que, tras el diluvio, estos enemigos temblasen á su aspecto. ⁽¹⁾

Esto ha producido la situación en la cual vivimos aun hoy día, es decir, el estado de desconfianza recíproca entre el rey de la creación y sus súbditos. Evítanlo los animales, y le dañan siempre que pueden, rara vez por modo abierto, á menudo con toda especie de astucias.

¡Qué dominación tan triste y extraña! ¿No es ella la imagen de un Estado en el que reinan el despotismo, la esclavitud y la barbarie, y en el cual únicamente la necesidad, la violencia, el miedo y el engaño mantienen una sombra de homogeneidad?

Pues bien, el Espíritu Santo ha establecido la sociedad de los hombres nuevos, formados según Jesucristo, sobre dos bases fundamentales, hasta entonces ignoradas por el mundo: el amor y la obediencia.

Origina esto nuevo estado de cosas. Cuando, en vez de ceder á la violencia y al miedo, hace de la obediencia libre el vasallo, y de la caridad, el alma de su conducta con relación á su jefe supremo, su proceder debe hallar eco en todas partes donde ejerce su poder. Clarísimo es que sus súbditos deberán portarse con él como él se porta con su dueño.

De aquí que sea natural que la conducta del mundo de la naturaleza con relación al hombre que ha vuelto á encontrar sus justas relaciones con Dios, sea completamente distinta de aquella en que cumple sus deberes con relación al Creador únicamente por violencia, ó que no los cumple en modo alguno.

La naturaleza no libre siente igualmente la maldición que el pecado ha hecho caer sobre ella. Todo corazón que

(1) Gen., IX, 2.

no sea totalmente insensible, no puede ocultarse que un deseo ardiente anima á todos los reinos de la creación, el deseo de verse libres de la violencia y del miedo para poder participar del amor de Dios y servirle con gozo y libertad. ⁽¹⁾

No es, pues, extraño que cuando ven en su dueño, no un esclavo, sino un hijo libre de Dios, experimenten las criaturas un sentimiento de satisfacción, y que, libres del pesado yugo que las oprime, se aproximen alegremente á él para ayudarle á glorificar jovial y libremente á su Dueño común. ⁽²⁾

La vida de los santos es de ello ejemplo elocuentísimo.

Así que los Padres de la vida monástica abandonaban la corrupción de las grandes ciudades, y hallaban un asilo en el desierto, aproximábanse á ellos amigablemente los animales. Su vida, así como la de millares de ermitaños y monjes, los primeros que roturaron los terribles desiertos de Europa, están llenas de ejemplos que atestiguan que los leones, los lobos, los osos, se convertían en amigos suyos, compartían con ellos sus trabajos y su alimento, imitábanlos en el servicio de Dios, ó, como los ciervos y las liebres, buscaban y hallaban junto á ellos un refugio contra sus perseguidores.

Contentémonos con recordar aquí la conmovedora historia del león de San Gerásimo, conocida de todo el mundo. ⁽³⁾ Muchos santos hállanse representados con animales como emblemas: San Egidio con una cierva, San Meinrad con dos cuervos, San Geraldo con un oso. Este último santo había salvado la vida á uno de estos animales que iba á ser muerto por unos cazadores. Para hacerle pagar su deuda de gratitud, obligóle á que le sirviese de bestia de carga para transportar las piedras necesarias á la construcción de una iglesia. ⁽⁴⁾ San Corbiniano obligó igual-

(1) Parte primera, XII, 1.

(2) Rom., VIII, 20-22.

(3) Ioan. Moschus, *Patrum Spirit.*, 107.

(4) *Vita S. Geroldi*, n.º 8 (Bolland. Apr. II, 626; Palmé).

mente á un oso á que le llevase su equipaje en castigo de haberle muerto su bestia de carga. ⁽¹⁾ En recompensa de haber San Rodano regalado sus caballos á un pobre, unciónense por sí mismos dos ciervos á su carro. ⁽²⁾

En estos milagros, hay un aroma de poesía al que nadie puede sustraerse. Sin duda que nuestro espíritu comprende cuán lejos está, para su mayor confusión, de poseer la fuerza que ha realizado estos prodigios. Sin embargo, alcánzansenos que, para hombres que poseían completamente la maravillosa virtud de la sencillez, son del todo naturales semejantes hechos.

Cuando nos representamos el carácter de San José de Cupertino, nada hallamos de asombroso de que tuviese en su jardín un jilguero que, á una palabra suya, se prestase inmediatamente á acompañarle en sus alabanzas al Señor. Devorado que hubo un halcón al animalito, tuvo que hacer larga penitencia para expiar el crimen.

El mismo santo dió á un convento de religiosas un cordero, que asistía al coro, excitaba á las hermanas soñolientas, y era el primero en acudir á todos los ejercicios. ⁽³⁾

Los pescados llegaban á comer en la mano de San Guthlac. Este santo mandaba también á los cuervos, y vivía en amistad con los buitres y las golondrinas. ⁽⁴⁾ Cuando Ida de Lovaina iba á lavar al arroyo, jugando acudían á bandadas los pescados á sus dedos, y se los chupaban. ⁽⁵⁾ Sabido es que San Antonio de Padua predicaba á los peces, cuando no le escuchaban los hombres, ⁽⁶⁾ y que hizo comprobar por un asno la presencia de Jesucristo en el Sacramento. ⁽⁷⁾ Refiere Cesáreo de Heisterbach que el piadoso cura Eberhardo realizó este mismo milagro en Santiago de Colonia en presencia de considerable muchedumbre. ⁽⁸⁾

(1) Aribo, *Vita S. Corbin.*, 3, 21.

(2) *Vita S. Rodani*, 3, 14.

(3) Pastovicchio, *Vita S. Josephi Cupert.*, 6, 69 y sig.

(4) Feliz, *Vita S. Guthlaci*, 3, 23 y sig.

(5) Hugo, *Vita B. Idæ Lovan.*, 1, 5, 29.

(6) *Liber miraculor. S. Antonii Pad.*, 1, 2.—(7) *Ibid.*, 1, 5.

(8) Cesar. Heisterbach., *Miracul.*, 9, 4.

Pero los dos santos en cuya vida se encarnó del modo más admirable la virtud de la sencillez, San Francisco de Asís y Santa Rosa de Lima, son igualmente los que muestran, en la forma más agradable, estas amistosas relaciones con los animales.

San Francisco llamaba hermanos y hermanas á todas las criaturas, grandes ó pequeñas, porque tenían con él un origen común, Dios. ⁽¹⁾ Comprendían ellas este lenguaje, respetaban el espíritu que se lo inspiraba, y se mostraban verdaderamente como hermanos y hermanas con relación á él. Las liebres y los conejos obedecíanle dócilmente, los pescados seguían su barco. ⁽²⁾ Cierta día halló en el valle de Spoleto gran muchedumbre de pájaros que parecían esperarle. Saludólos él á su manera, y rogóles que escuchasen su palabra: «Queridos pajaritos,—les dijo—agradecidos os mostráis á Dios vuestro Creador, á quien debéis alabar en todo tiempo y lugar; Él os permite volar por todas partes, os ha dado doble y triple vestido; vosotros no sembráis ni recolectáis, y, sin embargo, Dios os alimenta. Os da Él arroyos y fuentes para que os abrevéis, montes y valles para abrigaros, árboles elevados para que en ellos fabriquéis vuestros nidos. No sabéis hilar ni coser, y Dios os viste, á vosotros y á vuestros pequeñuelos. Mucho os ama, pues, vuestro Creador, por cuanto os colma de tantos beneficios; guardaos, pues, del pecado de ingratitud, queridos pajaritos, y apresuraos á alabar siempre á vuestro Dios». Y mientras así hablaba el Santo, los pajaritos abrían el pico, desplegaban sus alas y encorvaban su cabeza hasta tocar el suelo, en señal de que el sermón los colmaba de júbilo. ⁽³⁾

Otra vez que predicaba cerca de Alviano, interrumpíanle las golondrinas con sus incesantes himnos. Entonces exclamó: «Herманas golondrinas, ya habéis charlado bastante. Ahora me toca á mí hablar. Callaos, y escuchad

(1) Bonavent., *Vita S. Franc.*, 8, 109.

(2) Thom. a Celano, 1, 7, 60, 61. Bonavent., 8, 113, 114.

(3) Thom. a Cel., 1, 7, 58. Bonavent., 12, 174.

la palabra de Dios». Y las golondrinas guardaron silencio, y permanecieron inmóviles hasta que hubo acabado. ⁽¹⁾

Concertó con cierto lobo un tratado por el que se comprometía el animal á no molestar á los habitantes de la localidad en que antes ejercía sus devastaciones tanto como sirviesen á Dios, y el lobo mostró más fidelidad en observarlo que los hombres. ⁽²⁾

Así vivía, con sus hermanos los animales, esta imagen viviente de Cristo.

Del mismo modo, cuando murió su hermano y amigo, nadie pudo impedir á los animales que le tributasen los últimos honores. Era de noche; no obstante, las alondras, de ordinario amigas de la luz y de la aurora, reuniéronse en masa en la habitación en que descansaba su cadáver, y empezaron á revolotear, lanzando gritos de júbilo que hacían pensar en la magnificencia en que había entrado. ⁽³⁾

Santa Rosa de Lima hizo también un pacto con los animales, pero un pacto todavía más extraño que el de San Francisco con el lobo.

Había elegido ella por morada una ermita en un lugar muy húmedo lleno de mosquitos, y naturalmente, nadie se acercaba allí impunemente. Sin embargo, halló un medio para no ser incomodada por tan molesta vecindad, concertando con los insectos un pacto según el cual no les haría daño alguno, á condición de que no la perturbasen en sus oraciones. La cláusula del tratado fué observada escrupulosamente por los mosquitos. ⁽⁴⁾

Paseábase cierta mañana, completamente llena de Dios, por el jardín de su ermita, cuando la vista de los árboles y de las flores rejuvenecidas por el rocío de la noche, precipitóla en el arrobamiento: «¡Que todo lo que crece y verdea en el mundo alabe al Señor!»—exclamó.—Y ¡oh sorpresa!, al punto mismo, los árboles, las flores, las briznas

(1) Thom. a Cel., 1, 7, 59. Bonavent., 12, 175.

(2) Bonavent., 8, 121.

(3) *Ibid.*, 14, 214.

(4) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 9, 126 y sig.

de hierba empezaron á agitarse, á murmurar y á producir una sinfonía nunca oída. Los árboles sobre todo parecían no poder hacer más. Como eran grandes, creíanse obligados á dar especialmente gracias al Creador por los inmensos beneficios de que les había colmado; encorvábanse hasta tocar la tierra, y permanecían en actitud de la más profunda adoración, como los ángeles prosternados ante el trono del Altísimo. ⁽¹⁾

Cuanto más se acercaba Rosa al término de su existencia, más íntimas eran sus relaciones con la naturaleza. En los últimos años de su vida, un pajarito de encantadora belleza iba á balancearse ante ella. Entonces entonaba Rosa un cántico que había compuesto para aquellos momentos: «¡Pajarito, despliega, despliega tu lengua; entona un himno de alabanza! ¡Canta con entusiasmo la gloria del Señor, canta en su honor un dulce canto!»

Y al punto el pajarito cantaba con tan dulce y suave voz, que se le arrobaba el corazón. Guardábase la Santa de interrumpir su canto, y sólo cuando terminaba, entonaba ella otra estrofa. Entonces tocábale al pajarito permanecer inmóvil y silencioso, y así alternaban por espacio de más de una hora.

Al sonar las seis, desaparecía el cantor alado, y Rosa terminaba su cántico con estas palabras: «Señor, quiero reunir todas mis fuerzas para alabaros, porque sois mi Creador». Y al salir de su éxtasis, decía: «Mi cantor ha partido; permanezco sola, pero Dios está conmigo». ⁽²⁾

6. La contemplación cristiana de la naturaleza y la poesía de la vida cristiana.—Es ésta una transfiguración de la vida, tan sublime y tan pura, que no hay que asombrarse de que hombres prosaicos no la comprendan.

Pero lo que supera la medida de lo permitido es que se aplique á estas almas piadosas la horrible palabra *ninformania*, ⁽³⁾ porque, al adorar á Dios en sus criaturas, abrazan amorosamente los árboles. ⁽⁴⁾

(1) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 11, 160 y sig.—(2) *Ibid.*, 11, 162 y sig.

(3) Schröder, *Nonne von Engelthal*, 45.—(4) *Ibid.*, 14.

Semejante expresión aplicada al más tierno amor divino, nos obliga á enrojecernos de rubor y nos impone silencio.

Estas expresiones, y otras semejantes, con las cuales se intenta á menudo explicar los milagros, nos producen la misma impresión que el crimen cometido en Florencia por aquellos conjurados que se aprovecharon del silencio producido por la elevación de la Hostia Santa para dar la señal de la matanza.

No, la poesía de los santos no es locura producida por la no satisfacción de una pasión sensual, sino que es expresión del más elevado júbilo y de la más profunda felicidad en el goce del amor más santo por el Dios más puro.

¡Cuán de lamentar es el hombre que jamás ha experimentado en su corazón esta superabundancia de felicidad, que le obliga á confundirse con los muros de su aposento y con los árboles de la llanura, únicas criaturas de las que está seguro que no abusarán de sus confianzas!

De aquí que sea á la vez natural y humano que una santa tan grande como Francisca Romana ⁽¹⁾ comunique, aun con las criaturas mudas, los arrobamientos que le hacen experimentar la belleza y la dulzura de Dios. Hombres como Jacoponi ⁽²⁾ y Antonio de Olivadi ⁽³⁾ han hecho lo mismo.

En su amor inmenso por Dios, San Francisco de Asís particularmente consideraba como hermanos y hermanas á todas las criaturas. Causa de ello era que se hallaba repleto del espíritu que expresó en su famoso *Cántico al Sol*: «¡Que mi Señor Dios sea glorificado en todas las criaturas! ¡Que sea glorificado en nuestro hermano el Sol, que produce el día y la luz para conocer á todos los seres! ¡Cuán hermoso

(1) Mattiotti, *Vita S. Franc. Rom.*, 2, 37, 95.

(2) Goerres, *Mystik*, II, 34.

(3) Vg. *Geist. des heil. Franciscus*, III, 71. Alban Stolz era por cierto un hombre nada entusiasta; sin embargo, en Heidelberg, la alegría le indujo, en la primavera, á besar la hierba. (*Wilder Honig*, (2), 90). Y Claudio abrazó, por amor á la patria, el árbol alemán, la encina (*Neujahrslied, Gesammelte Werke*, I, 2). Cf. Gregor. Naz., *Carm.*, l. 2, s. 1, 13, 26 (Migne, P. G., XXXVII, 1229).

y puro es! Pero lo que hace que me sea tan querido y digno de amor, es que veo en él tu imagen, ¡oh Dios mío!» ⁽¹⁾

Así es como aprende uno á conocer el modo como es preciso considerar la naturaleza desde el punto de vista cristiano y sobrenatural. Vese entonces que es mucho más natural que el de este mundo.

El lirismo europeo no hace más que tocar la naturaleza por modo de diversión. No parece sino que ha logrado su más alto fin, cuando, á su aspecto, se pierde en vagos sueños sentimentales que ni siquiera puede expresar.

El oriental se precipita, baja la cabeza, en la naturaleza, ó bien se embriaga con ella como con su opio. El espíritu de la vieja mitología germánica no puede desembarazarse de la idea de espectros y fantasmas, cuando piensa en la naturaleza. Pero, para el romano y para el griego, no existe la naturaleza, si no es divinizada.

Sólo la piedad cristiana penetra la naturaleza con sentimientos capaces de conmover el corazón humano no corrompido. Aun el hombre ordinario que ha conservado el antiguo espíritu cristiano, posee bajo este concepto una delicadeza de sentimientos, que muchos poetas no dejarían de envidiar.

¡Qué perlas poéticas debe el pueblo cristiano á la contemplación de sus bosques, de sus llanuras, de sus montañas!

¡Qué de extraño, pues, que nuestros santos hayan visto el templo maravilloso de Dios que llevaban dentro de sí, en su puro corazón, extenderse por cielos y tierra, y en cada brizna de hierba un objeto precioso de la Iglesia terrenal que les inspiraba casi la misma veneración que el cáliz santo del altar?

7. La dicha de la vida cristiana.—Ciertamente, la vida piadosa tiene su poesía, y una poesía grandiosa. No es tan sombría como quisieran hacerlo creer sus enemigos. Sólo una lengua embustera puede describirla, diciendo que es un país que devora á sus habitantes. ⁽²⁾

(1) Von der Burg, *S. Francisci Ass. Opp.*, 150 y sig.

(2) Num., XIII, 33.